

Sal y Luz

Domingo XXXIII Tiempo Ordinario (A)-15 de Nov. de 2020

Nº 52 Parroquia San Carlos Borromeo

El hombre de esta parábola representa a Cristo mismo; los siervos son los discípulos; y los talentos son los dones que Jesús les encomienda. Por tanto, estos dones no sólo representan las cualidades naturales, sino también las riquezas que el Señor Jesús nos ha dejado como herencia para que las hagamos fructificar: su Palabra, depositada en el santo Evangelio; el Bautismo, que nos renueva en el Espíritu Santo; la oración —el "padrenuestro"— que elevamos a Dios como hijos unidos en el Hijo; su perdón, que nos ha ordenado llevar a todos; y el sacramento de su Cuerpo inmolado y de su Sangre derramada. En una palabra: el reino de Dios, que es él mismo, presente y vivo en medio de nosotros. Pero la parábola da más relieve a los buenos frutos producidos por los discípulos que, felices por el don recibido, no lo mantuvieron escondido por temor y celos, sino que lo hicieron fructificar, compartiéndolo, repartiéndolo. Sí; lo que Cristo nos ha dado se multiplica dándolo. Es un tesoro que hemos recibido para gastarlo, invertirlo y compartirlo con todos. (BXVI-16.11.2008)



Prendi parte alla gioia del tuo padrone 1, acquarello di Maria Cavazzini Fortini.

*Como has sido fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor
(Mt 25, 14-30)*

COMENTARIO

Primera lectura: Prov 31, 10-13. 19-20. 30-31: *Trabaja con la destreza de sus manos.*

Salmo Resp. 127: *Dichosos lo que temen al Señor.*

Segunda lectura: 1 Tes 5, 1-6: *Que el día del Señor no os sorprenda como un ladrón.*

Evangelio: Mt 25, 14-30: *Como has sido fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor.*

EL MIEDO TE HACE ESCONDER, EL AMOR TE MULTIPLICA

La liturgia de este día aprovecha el mensaje de los textos de la Escritura para urgir en actitudes como la vigilancia ante la llegada definitiva de Cristo al final de los tiempos y la fidelidad en el desempeño de las tareas que se nos han encomendado con la entrega de unos talentos, de los cuales se nos pedirá rendición de cuentas.

1.- El ejemplo de la mujer hacendosa

El c. 31 de Proverbios, que constituye el cierre del libro, es un poema alfabético o acróstico dedicado a cantar las alabanzas de la mujer ideal, la buena ama de casa. El poema consta de 22 versos, cada uno de los cuales comienza con una letra diferente del alfabeto hebreo. Poemas compuestos en este modo son también, por ejemplo, los Salmos 9; 25; 34, o Eclo 51, 13-30.

En las alabanzas que el autor dedica a esta mujer destacan tres niveles. El primero es el económico: ahí destacan la buena administración, la perspicacia, la diligencia y el acierto en el desempeño de sus tareas como ama de casa. Un segundo nivel va más allá: esta mujer está dotada de una gran solicitud humana por los empleados y de una gran caridad para con los pobres. El tercer nivel se refiere a su actitud religiosa: por encima de todas sus cualidades humanas sobresale su temor de Dios. Es más, éste tercer nivel es el que sostiene y da sentido a los otros dos. Si ella es diligente en sus negocios caseros y puede tratar con caridad y solicitud a los demás es porque su corazón está impregnado de un fuerte temor de Dios, es decir, de unas fuertes convicciones religiosas, que le hacen recordar que el amor de Dios es el primero de los mandamientos de la Ley. Es precisamente este temor de Dios lo que merece en ella la mayor alabanza.

Una mujer hacendosa, ¿quién la hallará? Esta reflexión no es pesimista, como en el libro del Eclesiastés (7, 26-28), donde se da a entender que es imposible encontrar una mujer con estas características. Aquí se trata de todo lo contrario. El autor del libro de los Proverbios quiere afirmar que esa mujer existe y es posible encontrarla. ¡Dichoso el hombre que tenga la suerte de hallarla!, pues ha encontrado

un tesoro máspreciado que las perlas.

Su marido se fía de ella, pues sabe que su casa está bien guardada. El corazón del marido descansa sin sobresaltos teniendo la certeza de que una mujer así no sólo no dilapidará la hacienda familiar, sino que la acrecentará. Con su forma de proceder en los asuntos domésticos, esta mujer se ha hecho digna de la confianza de su marido.

Abre sus manos al necesitado y extiende el brazo al pobre. Es importante caer en la cuenta de este detalle de caridad, que pone de relieve la sensibilidad de esta mujer. Por una parte, las múltiples tareas que debe realizar en la casa no le hacen olvidar a los que tienen necesidad; no vive tan distraída en sus asuntos que prescinda de otras obligaciones más importantes. Por otra parte, si ella ha hecho prosperar la hacienda propia, no es para vivir mejor, sino para tener la oportunidad de subvenir a las necesidades de los más pobres. Precisamente porque ella ha acrecentado el patrimonio es por lo que puede darle un destino más provechoso.

La que teme al Señor merece alabanza (...) que sus obras la alaben en la plaza. Estas palabras finales constituyen el punto culminante del poema. Todas las alabanzas previas que se hacían de esta mujer no hacían sino preparar esta última: ¡Dichosa la mujer temerosa de Yahveh!, pues así se muestra como la mujer sabia que puede realizar todos sus trabajos con éxito. La mejor belleza de la mujer está no en el porte externo, que es fugaz, sino en la grandeza de su corazón religioso. Las palabras finales, *que sus obras la alaben*, se parecen a las que encontramos en el libro del Apocalipsis, con relación a los cristianos que mueren en Cristo: ¡Dichosos ya los muertos que mueren en el Señor! Sí (dice el Espíritu), que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan (Ap 14, 13).

Resumen: en el ejemplo de la mujer hacendosa podemos encontrar no pocas enseñanzas para nosotros. ¿Cuáles son las enseñanzas del pasaje? Podemos deducir las siguientes:

- es necesaria la laboriosidad, la presteza y la diligencia en el trabajo, la puesta en juego de las cualidades propias para el buen desarrollo de las tareas;

- se ha de guardar fidelidad a quienes nos han encomendado el trabajo para ser dignos de su confianza; no podemos desperdiciar las oportunidades que cada día se nos ofrecen;

- pero que las tareas no hagan que nos olvidemos de algo esencial: hay quienes están esperando nuestras manos tendidas, nuestra caridad y nuestra ayuda;

- lo más importante: todo esto es imposible vivirlo si no es con una profunda actitud de fe y confianza en Dios, sin un espíritu religioso, si no entendemos que la fuente de nuestros trabajos está en la confianza que Dios ha puesto en nosotros;

- quizás pueda ayudarnos tener presente el lema de los monjes aplicado a la vida cristiana: *ora et labora*, es decir, contempla los misterios de Dios y realiza tu trabajo como una prolongación de esa contemplación; que tu trabajo, hecho con fidelidad y diligencia, brote de modo espontáneo de la contemplación de Dios.

2.- Los talentos recibidos

La parábola de los talentos forma parte del grupo de parábolas que san Mateo recoge en los c. 24, 45-25, 30 dentro del gran discurso de Jesús acerca del fin del mundo. Es una parábola compuesta por Jesús para llamar la atención acerca de la rendición de cuentas ante Dios que los hombres deberán dar de los dones recibidos. Una parábola que, según todos los indicios, ha sido posteriormente entendida como una alegoría.

La historia habla de un *hombre*, probablemente un rico comerciante, que parte para un viaje largo. Se sabe por documentos antiguos asirios y egipcios que era frecuente en la antigüedad que hombres libres confiaran la administración de sus capitales, para que los hiciesen producir, a esclavos propios o amigos peritos en estos negocios. Esta práctica era ordinaria y en cierto modo necesaria en el caso de que un señor rico tuviera que ausentarse de su casa durante bastante tiempo. En estos casos era muy difícil llevar de un sitio a otro el dinero, por razón del peso de las monedas que entonces se usaban. El señor confió a tres de sus siervos la suma de ocho talentos con el fin de que negociasen con ellos y encontrar aumentado su caudal a su regreso del viaje.

Los ocho talentos los repartió no por igual, sino según la capacidad y la habilidad de cada uno para negociar con ellos: a uno entregó cinco, a otro dos, al tercero uno. Los dos primeros negociaron felizmente con aquellos talentos y duplicaron el capital. En cambio, el tercero, por desidia y miedo a comprometer el dinero de su señor y exponerse a perderlo, enterró el talento en tierra, y allí lo dejó infructuoso hasta el regreso del señor. A la vuelta de éste, los dos primeros son recompensados con una responsabilidad mayor. El acento recae sobre la rendición de cuentas del tercero, que alega la excusa de haber conservado su dinero por una prudencia temerosa, ya que conoce la codicia de su señor y ha temido que éste, en un fracaso de la operación comercial, se encolerizase por la pérdida del dinero. El medio de asegurar este dinero es enterrándolo, que era considerado en el derecho rabínico como la protección más segura contra los ladrones: aquel que enterraba una fianza o un depósito en seguida después de recibirlo, estaba libre de responsabilidad civil.

El mensaje de la parábola parece claro: es una exhortación a aprovechar con

diligencia y solicitud las gracias, dones y beneficios que a cada uno se le conceden para prepararse a la venida del juez, que llegará inesperadamente.

Cada uno habrá de escuchar la misma pregunta: ¿tú qué has hecho con los talentos que has recibido? Nada importa si han sido muchos o pocos, nada importa si han sido grandes o pequeños, si se recibieron antes o después. San Juan Crisóstomo tiene un comentario esclarecedor que ayuda a comprender bien el sentido de la parábola y a evitar el peligro de excusarse por haber recibido pocos talentos: «¿Cuáles son esos talentos? El poder de cada uno, la autoridad que se tiene, la fortuna que se posee, la enseñanza que se puede dar y cualquier otra cosa de ese género... Que nadie venga a decir: Yo no tengo más que un talento, yo no puedo hacer nada. Pues, aunque sea con un solo talento, puedes hacer algo meritorio» (*Comentario al Evangelio de san Mateo 78, 2-3*).

La pregunta acerca del rendimiento que se les ha sacado a esos talentos sigue martilleando en los oídos y en el corazón de todos: ¿qué estás haciendo con los talentos recibidos? Pero esta pregunta no ha de entenderse en un tono amenazante, sino más bien como una invitación a descubrir la grandeza de lo que se ha recibido y la importancia del rendimiento. No en vano a los dos primeros siervos se les alaba de una manera extraordinaria por su fidelidad y observancia: siervo fiel y cumplidor. Y esto les merece una confianza mayor del señor. Es la propia negligencia del tercer siervo lo que hace que la pregunta se convierta en una amenaza: ¿qué has hecho con lo que te confié?

Dios es paciente y todavía da nuevas oportunidades. Eres tú quien no debe esperar más. Aún hay tiempo. Pon ya en juego tus talentos.

* * * * *

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

San Agustín, *sermón 94*.

Estos señores, hermanos míos, compañeros en el episcopado, han tenido la bondad de honrarnos y alegrarnos con su presencia; mas yo ignoro por qué rehúsan aliviar mi cansancio. Digo esto a vuestra caridad en sus oídos para que vuestro silencio y gusto en escuchar me sirva de recomendación, como quien dice, para con ellos, y así, cuando yo se lo ruegue, prediquen también. Den lo que recibieron y sírvanse arrimar el hombro en vez de presentar excusas. Yo estoy rendido de la fatiga y apenas si puedo hablar; sed benévolos para las cuatro palabras que os diré (...).

Y ahora, ¿qué? ¿Qué voy a deciros? Habéis oído en el Evangelio la recompensa de los siervos buenos y el castigo de los malos siervos. Toda la culpa del siervo desaprobado y tan duramente sancionado se reducía a esto: no quiso dar. Guardó íntegro lo recibido; mas el Señor quería sus intereses, porque Dios es avaro en punto a nuestra salvación. Si, pues, tal es sancionado quien no da ¿cómo ha de serlo quien pierde? Ahora bien, nosotros, los predicadores somos los administradores; nosotros damos y vosotros recibís. Queremos el interés: vivid bien; no es otro el interés debido a nuestra administración. No vayáis, con todo, a imaginaros que no reza con vosotros el dar. No podéis hacerlo desde este lugar alto (púlpito, pues no sois sacerdotes), mas doquiera os halléis, allí podéis. Defended a Cristo donde se le impugne, tapad la boca a los murmuradores, reprended a los blasfemos y alejaos de su compañía. Si ganáis algunos, éstos serán vuestro interés. Haced nuestras veces en vuestras casas. Al obispo se le llama así por su condición de superintendente, porque lleva la vigilancia. Cada cual, pues, en su casa, si es cabeza de familia, debe hacer allí el oficio episcopal, viendo qué doctrinas profesan los suyos y procurando no incurra ningún familiar en herejía, ni la mujer, ni el hijo, ni la hija, ni aún el siervo, a tan alto precio redimido. La doctrina social de los apóstoles antepuso el señor al siervo y sometió el siervo al señor, pero Cristo dio por ambos un precio igual. A vuestros pequeños no les dejéis de la mano; contribuid a la salvación de vuestro hogar con todo esmero. Si esto hacéis, dais a rédito; no seréis siervos perezosos ni tendréis por qué temer la horrible sanción que a él se le impuso.

San Ireneo, *Adv. Haer. 4, 11, 1-3*

Dios modeló al hombre con sus propias manos para que fuera creciendo y

madurando, como dice la Escritura: Creced y multiplicaos (Gn 1, 28).

Precisamente en esto está la distinción entre Dios y el hombre: en que Dios es el que hace, mientras que el hombre es el que se va haciendo. Y, naturalmente, el que hace es siempre el mismo, pero el que se va haciendo debe tener un comienzo, y un estado intermedio y una adición y un incremento. Dios hace el beneficio al hombre, y el hombre lo recibe. Dios es perfecto en todo, igual y semejante a sí mismo, siendo todo luz, todo inteligencia, todo sustancia y fuente de todos los bienes; el hombre, en cambio, va progresando y creciendo hacia Dios. Porque Dios no cesa jamás de comunicar sus dones y sus riquezas al hombre, así como el hombre no cesa jamás de recibir beneficios y de enriquecerse con Dios. Porque el hombre que es agradecido al que le hizo, es a la vez receptor de su bondad e instrumento de su glorificación; por el contrario, el hombre ingrato, que desprecia a su Creador, no queriéndose someter a su palabra, será receptor de su justo juicio.

Él ha prometido dar siempre más a los que dan fruto, y ha prometido confiar el tesoro del señor a los que ya tienen, diciendo: Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, voy a confiarte lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 21). Y así como tiene prometido que a los que ahora den fruto les ha de dar todavía más, haciendo mayor su don -aunque no un don totalmente distinto del que ya conocen, pues sigue siendo el mismo Señor y el mismo Padre el que se les irá revelando-, así también, con su venida, uno y el mismo Señor dio a los hombres de los últimos tiempos un don de gracia mayor que el que se había dado en el Antiguo Testamento. Porque entonces los hombres oían decir a los servidores que vendría el Rey, y ello les producía un cierto gozo limitado, estando a la espera de su venida. Pero los que lograron verlo presente y alcanzaron la libertad, y llegaron a la misma posesión del don, tienen una gracia mayor y un gozo más pleno, pues disfrutaban ya de la misma venida del Rey.

San Juan Crisóstomo, Homilías sobre san Mateo 78, 2-3

Así pues, la parábola de las vírgenes fatuas se aplica a la limosna que se da en dinero; la que sigue -de los talentos- se dirige a quienes no quieren aprovechar al prójimo ni con su dinero, ni con su palabra, ni con el gobierno, ni de ninguna otra manera, sino que lo esconden todo. Mas, ¿por qué esta parábola introduce a un rey, y la otra a un esposo? Porque entendamos cuán familiarmente trata Cristo con las vírgenes que se desprenden de lo que tienen. Porque en esto está la verdadera virginidad (...).

Mas notad cómo nunca reclama el Señor inmediatamente.

Así, en la parábola de la viña, la arrendó a los labradores y se fue de viaje; y aquí, les entregó el dinero a sus criados y se marchó también de viaje (...). Y los que le presentan sus ganancias confiesan agradecidamente lo que es obra suya y lo que es don de Dios. El uno dice: Señor, cinco talentos me diste. Y el otro: dos talentos me diste. Con lo que reconocen que de Él recibieron la base para el negocio, y se lo agradecieron sinceramente y, en definitiva, todo se lo atribuyen a Él.

No habla así el siervo perezoso (...) ¿Qué le contesta el Señor? Siervo malo, tenías que haber puesto mi dinero en el banco, es decir, tenías que haber hablado, exhortado, aconsejado.

- Es que no me hacen caso.

- Eso no te toca a ti (...). Tú tenías que depositar el dinero y dejar a mi cargo la reclamación: Y yo lo hubiera reclamado con interés. Interés llama aquí a las obras, fruto de la predicación. Tú tenías que haber hecho lo más fácil y dejar para mí lo más difícil (...).

Mientras es tiempo, trabajemos por nuestra salvación, tomemos aceite para nuestras lámparas, negociemos con nuestro talento. Porque si somos perezosos y nos pasamos la vida sin hacer nada, nadie nos tendrá allí ya compasión, por mucho que lloremos (...). Sabiendo como sabemos todo esto, pongamos a contribución, para aprovechamiento de nuestro prójimo, dinero, fervor, dirección, todo, en fin, cuanto tenemos. Porque talento vale aquí tanto como facultad que cada uno tiene, ora en gobierno, riqueza, doctrina, o cualquier otra cosa semejante. Que nadie, pues, diga: Yo no tengo más que un talento y no puedo hacer nada. No. Con un solo talento puedes también alcanzar gloria.

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que la bondad de Dios y la paz de Jesucristo te acompañen!

Acabo de recoger tu carta del correo y veo por ella que te encuentras bien, metido de lleno en las tareas del curso y preparándote a celebrar el gran final del tiempo litúrgico ordinario con la fiesta de Jesucristo Rey del Universo. También me dices que han comenzado ya los primeros fríos y que se deja sentir el airecillo de la sierra.

He leído las lecturas del próximo domingo y he encontrado algo que me ha impresionado mucho. Son las palabras que dice el siervo que recibió un solo denario: *Tuve miedo y fui a esconder en tierra tu talento*. Sabiendo que con la parábola de los talentos Jesús se refiere a los dones y cualidades recibidos, me pregunto, ¿cómo es posible, querido amigo, tener miedo de poner en juego todo lo que se nos ha dado?, ¿por qué tener miedo de jugarse la vida y enterrarla bajo tierra? Yo creo que deberíamos ser más valientes y decididos a la hora de arriesgar para sacar rendimiento a los talentos. ¿No te parece sorprendente que el que más miedo tenía a arriesgar fue el que había recibido un solo talento, es decir, el que más necesitado estaba de hacerlo?

Así parece que sucede en la vida: cuanto menos tenemos más codiciosos nos sentimos. Me suelo acordar de vez en cuando de una frase que escuché en una ocasión: lo que no se da se pierde, lo que se almacena se acaba pudriendo. No hemos recibido para almacenar, sino para administrar. No tenemos ningún derecho sobre lo que se nos ha dado. Muchos son los peligros que acechan a un administrador: la negligencia, el descuido, la inoperancia, el miedo al riesgo, el querer poseer a toda costa, el aprovecharse egoístamente... Pidamos, Teodoro, para que nosotros podamos corresponder a la confianza que se ha depositado en nosotros al concedérsenos dones tan grandes. Que también nosotros podamos escuchar las alabanzas que la primera lectura hace de la mujer hacendosa.

Espero, querido amigo, que las molestias que tenías esta temporada pasada vayan remitiendo y puedas realizar tus tareas normalmente. Recuerda de modo especial a todos nuestros hermanos enfermos y a quienes son víctimas del miedo, de la angustia o de la ansiedad.

Recibe un abrazo muy fuerte de tu amigo,

Doroteo